

decía el cristiano, al recibir las aguas del bautismo; y declarando los Padres el verdadero sentido de estas significativas palabras, no solamente condenaron aquellos espectáculos, como contrarios á la moral que predicaban, sino también como otras tantas ofrendas hechas en detestable culto á los mentidos dioses. «Si profesamos en el bautismo la fé cristiana (exclamaba Tertuliano) y con las palabras de la ley confesamos por nuestra propia boca haber renunciado al diablo, á sus pompas y á sus ángeles, ¿qué otra cosa más alta y principal, donde el diablo, sus pompas, y sus ángeles existan que la idolatría?... Pues si constare con entera evidencia que toda materia y forma de los espectáculos se deriva y compone de idolatría, indudable será también que la renuncia-ción, hecha por nosotros en el bautismo, comprende los espectáculos, esclavos del diablo, de sus pompas y de sus ángeles, pues que de la idolatría se alimentan ¹.» Y para quitar todo resquicio á la duda sobre esta doctrina, manifestaban los Padres una y otra vez que las pompas del diablo se cifraban en la obscenidad y escándalo de los teatros, en la furia y crueldad de los anfiteatros y estadios, y en la vanidad y locura de los circos é hipodromos ².

Condenados en tal manera, así por su origen como por su forma, no era ya lícito á los cristianos el concurrir á este linaje de espectáculos; y sin embargo la voz inspirada de los Padres se alza para acusarlos y reprenderlos, mostrándoles el abismo en donde se despeñaban, renunciando de Cristo así como antes habían renunciado del demonio ³. Era en verdad empresa nada fácil la aco-

¹ *De Spectaculis*, cap. IV.

² Tertuliano, *Apolog.*, cap. XXXVIII, y *De Spectac.*, cap. XXV; San Cipriano, *De Spectac.*; San Epifanio, *Contra Haereses*, lib. III; San Cirilo, *Catheches. mistag.*, I.—Este docto varón, que trató de propósito tan importante materia, fué más explícito que los anteriores, declarando: «Pompa diaboli est in theatris spectacula, in hipodromo cursus equorum, et venationes et reliqua omnis eiusmodi vanitas.»

³ San Cipriano, *De Spectaculis*: «Dum post Christum ad diaboli spectaculum vadit, Christo tamquam diabolo renuntiat.»—Salviano escribía mucho tiempo despues: «Quomodo, Christiane, spectacula post baptismum requiris, quae opus esse diaboli confiteris? Ergo primum renuntiat diabolo ut cre-

metida por el celo de los Padres; mas abroquelados en la doctrina de los apóstoles, predicando sin tregua la paz, la mansedumbre y la castidad, rompieron al cabo las cadenas, con que tenían los goces materiales aprisionados todos los sentidos, y sobreponiéndose al torrente de las costumbres, lograron encaminar á puerto seguro la no sosegada grey, engrosado sin cesar su número con los gentiles, á cuyos ojos brillaba la luz purísima de la fé en medio del estruendo y disipación de aquella inmensa bacanal, en que se aniquilaba el antiguo mundo. Al cabo la fórmula de salud y de esperanza, establecida por la Iglesia de Cristo, era pronunciada por los Césares: Flavio Valerio Constantino, á quien ennoblecíó la posteridad con el título de *Magno*, renunciaba á Satanás, sus pompas, sus obras y sus ídolos ¹, abrazando el sagrado signo del Gólgota y rescatando á los cristianos de las terribles persecuciones, que habían inundado de sangre todos los confines de la tierra.

Tal era el triunfo de la elocuencia de los Padres: la paz dada á la Iglesia por Constantino en los primeros años del siglo IV, realizaba la trasformación moral del género humano, que era consumada en los últimos días del mismo siglo por la piedad del gran Teodosio. La doctrina del Salvador se levantaba pues con el dominio de todas las inteligencias, mientras los vencidos restos del politeísmo corrían á ocultar su ignominia en los campos y las selvas, proclamada como religión del Imperio la predicada por los Apóstoles, la defendida por los Padres y la sellada con el heroísmo de los mártires.

En tan supremos instantes aparece entre los hombres la musa del cristianismo, cuyos patéticos suspiros se habían tal vez apagado en la oscuridad de las catacumbas ó expirado en medio del

datur Deo, et ideo qui revertitur ad diabolum, relinquit Deum» (*De Gubernatione Dei*, lib. IV).

¹ Las palabras de Constantino, conservadas por Estéfano Durancio en su obra *De ritibus Ecclesiae*, cap. XIX, son las siguientes: «Per manus impositionem clericorum usque ad ipsum praesulem veni, ibique, renuntians Sata-nae, pompis et operibus eius et universis idolis manufactis, credere me in Deum Patrem spontanea voluntate coram omni populo professus sum.»

bárbaro estruendo de los anfiteatros. Aquella musa, desconocida en el mundo, venia á saludar el triunfo de la cruz, como saluda el ave de la floresta la aurora del nuevo sol, tras larga y tempestuosa noche.—La elocuencia, arma de incontrastable poderío en manos de los Apóstoles y de los Padres, habia derramado en todas las comarcas y defendido con indomable aliento la nueva doctrina, siendo irresistible ariete contra el edificio del politeísmo. Candorosa y ardiente como la fé, sincera como la verdad, varonil, grave é inflexible como la razon, apasionada é impetuosa como el entusiasmo, magnífica y radiante como la victoria, ni pide tregua, ni admite descanso, mientras rodeada de peligros y combatida por todas las fuerzas del Imperio, cuenta por el número de los mártires sus gloriosas jornadas. La poesia, bálsamo de consuelo, que cicatriza las heridas del alma, se levanta como cándida virgen sobre los trofeos de la muerte y las ruinas del Olimpo, para entonar el himno de eterna paz y fraternidad entre los hombres. Inspirase en nunca libadas fuentes: su voz suena con peregrinos acentos, y sus cantos solemnizan aquella trasformacion prodigiosa que se habia ya operado entre las gentes, ora poniendo delante de sus ojos el drama sangriento del Calvario, ora sublimando la santa abnegacion y entereza de los mártires, ora fortaleciendo con solícito afán á los confesores de Cristo en medio de las tribulaciones de la vida. La musa del cristianismo, alzándose de los humeantes lagos de sangre, abiertos por la crueldad de los Dioclecianos y Maximianos, llamada estaba á coronar por su cima la obra inmortal de la elocuencia, abrazada al lábaro de Constantino y al laurel de Teodosio.

Y no fueron los ingenios españoles los últimos que acudieron á solemnizar el maravilloso triunfo de la cruz con sus inusitados cantares. Teatro la Península Ibérica de todo linaje de persecuciones y tiranias ejercidas contra los cristianos, habian fructificado en su suelo las palmas del martirio, exaltando el entusiasmo de sus confesores. El mundo pagano, que en medio de sus iras admiró en la firmeza de Lorenzo la energia de la fé española, viéndole derramar los tesoros de la Iglesia sobre los pobres y recibir la muerte con generoso aliento, oia ya vencido las modulaciones de aquellos cantos, que mientras la fogosa elocuencia del grande

Osio ¹ condenaba los errores de Arrio, recibian la paz de Constantino, como segura prenda de venidera bienandanza. Era el primero entre todos C. Vecio Aquilino Yuvenco ², tan ilustre por la

¹ Osio, obispo de Córdoba, una de las más brillantes lumbreras de la Iglesia, fué el prelado á quien debió el cristianismo más altos servicios durante el siglo IV. Celebrado, no menos por su doctrina que por su incontestable elocuencia, se distinguió ya en el famoso concilio Iliberitano, resplandeció en el de Cirta (Numidia), y elegido por el Papa Silvestre, pasó á Egipto, donde celebró y presidió como legado apostólico, un concilio, en que se condenaron por vez primera los errores de Arrio y de Melecio. La autoridad que le dieron su ciencia y su palabra, determinó al emperador Constantino y al Sumo Pontífice á nombrarle para presidir el celeberrimo concilio de Nicea, donde pronunció la *Fórmula de la fé*, condenando al obcecado presbítero de Alejandria (325), y ganando el preclaro título de *Padre de los Concilios*, con que muerto Constantino, le designan los mismos arrianos. En 347 presidió en efecto, el concilio Sardiense, y en 355 concurrió al de Milan, sin que lograrse Constantio, contaminado ya con heregia, que se declarase contra Atanasio, acérrimo impugnador de los arrianos en las regiones orientales: su entereza le acarreó la muerte, pasando ya de los cien años. En esta vida laboriosa y agitada no gozó de la tranquilidad que pide el culto de las letras: San Isidoro menciona sin embargo un breve tratado *De laude Virginitatis* y otro *De Interpretatione vestium sacerdotalium (De Viris illustribus, cap. V)*; Gerberto le atribuye el *De Observatione dominicae disciplinae (De Scriptoribus ecclesiasticis, cap. XLVIII)*; Trithemio una traduccion del *Timeo* de Platon (*De Scriptoribus ecclesiasticis, cap. 139*), y Eusebio Pamphylo la *Epistola* ó instruccion dada á Ceciliano, obispo de Cartago, sobre el órden interior del sacerdocio (*Historia Ecclesiastica, p. 431*). Osio era tan docto en el conocimiento de la lengua griega, como en el de la latina, que la Iglesia occidental adoptaba por suya.

² No solamente ponen los historiadores el nombre de Yuvenco el primero entre los poetas cristianos que produce España, sino que le designan como el más antiguo entre todos los que brillaron desde la paz general de la Iglesia. San Gerónimo dejó ya declarado (*De Vir. illust.*, cap. 84) que era de nobilísima estirpe (nobilissimi generis), añadiendo que floreció bajo el imperio de Constantino (floruit sub Constantino Principe). Mas de todo nos dá razon cumplida el mismo Yuvenco, cuando al terminar el poema, de que vamos á tratar, escribe:

807 Haec mihi pax Christi tribuit, pax haec mihi seculi,
Quam fovet indulgens terrae regnator apertae
Constantinus, adest cui gratia digna merenti, etc.

Y como no haya noticia de otro poeta cristiano, anterior á esta feliz época,

antigüedad de su estirpe, como digno de duradera fama por la claridad de su ingenio: seguía sus huellas, señalándose entre los Hilarios, Ambrosios y Paulinos, M. Aurelio Prudentio Clemente, á quien la posteridad ha dado el título de príncipe de los poetas sagrados.—Yuvenco, que florece bajo el imperio de Constantino, y que contempla lleno de entusiasmo la sobrehumana victoria, obtenida por el Evangelio sobre la mitología, acomete la meritoria y alta empresa de cantar en la lengua del Lacio, hablada en todas las comarcas de la tierra, la vida del Salvador del mundo ¹: Pru-

no sin razon ha sido puesto á la cabeza de todos el español Yuvenco, bajo el aspecto cronológico, observando en consecuencia don Faustino Arévalo, docto ilustrador de sus obras, «nullum esse poetam sacrum inter latinos, quem Yuvenco antiquiorem esse constet» (C. Vettii Aquil. Iuven. *Hist. Evang.*, etc., proleg., pág. XI).

¹ Se ha supuesto generalmente que Yuvenco se limitó en su *Historia Evangelica* á poner en verso los cuatro Evangelios, á lo cual parecen haber dado motivo las palabras de San Gerónimo, cuando manifiesta (ut supra) que compuso cuatro libros, trasladando casi á la letra en versos exámetros los cuatro Evangelios (quatuor Evangelia hexametris versibus pene ad verbum transferens, quatuor libros composuit). Debe, sin embargo, tenerse entendido que Yuvenco, si bien dividió su poema en cuatro diferentes libros, no presentó en cada uno de ellos un Evangelio, sino que formó de todos la historia del Salvador, segun observa el mismo San Gerónimo en su Epíst. LXX, dirigida á Magno, declamador romano: «Iuvencus presbyter sub Constantino historiam Domini Salvatoris versibus explicavit: nec pertimuit Evangelii maiestatem sub metri leges mittere.» Mas si este respetabilísimo doctor no explicara tan satisfactoriamente sus palabras, bastaria sin duda el más ligero exámen de la obra de Yuvenco, para desvanecer el error en que han caído la mayor parte de los críticos, por no haber analizado la *Historia Evangelica*. En efecto, este exámen probaria que el primer libro de este poema, que empieza con la anunciacion á Zacarias del nacimiento de San Juan, abraza toda la niñez de Cristo, su primera predicacion y milagros, terminando con el obrado en la suegra de San Pedro, poco antes de atravesar el estrecho de Cafarnaun; que prosigue narrando en el segundo desde la tempestad aplacada por Jesus en el citado estrecho hasta la exposicion de la parábola de la levadura; que el tercero contiene desde la parábola de la cizaña hasta la no menos preciosa de los convidados que se excusan de acudir á las bodas, pasaje en que se mostró Yuvenco digno del verdadero galardón de poeta; y que el cuarto encierra, por último, la pasion y muerte del Salvador, completando de esta manera la peregrina historia de la redencion del género humano. Si pues esta y no otra es la idea que se propuso desarrollar y desarrolló felizmente Yuvenco, ¿cómo se ha di-

dencio, que abraza la religion cristiana bajo las banderas de Teodosio, dirige sus fuerzas á estirpar las supersticiones de la gentilidad; y fortaleciendo en todas las horas del dia las creencias de los fieles, ya les recuerda el egemplo heroico de los mártires, ya les presenta la eterna lucha entre la carne y el espiritu, rompiendo las cadenas del fatalismo pagano y proclamando el triunfo del libre albedrio. Ambos parecen destinados á revelar en sus poesias el momento en que pulsán la olvidada lira de los profetas, y ambos son merecedores de singular alabanza, si bien la crítica literaria, más atenta á la belleza exterior de la forma que á la importancia de la idea, ha negado á Yuvenco el galardón debido á su incontestable talento ¹.

cho con tanta facilidad que puso en verso los cuatro Evangelios?... Este error, harto comun en los críticos, habia ya cundido tanto en el siglo XV, que el erudito Fernan Perez de Guzman decia en sus *Claros Varones* lo siguiente:

Yuvenco, que en sus tabletas
con Gravio versificó
los Evangelios, é dió
metro á los quatro ateletas, etc.

(copl. 403).

Pero no por esto es menos digno de rectificacion, debiéndose observar finalmente que si bien se inspiró Yuvenco en los cuatro Evangelistas, cuyos principales caracteres fija en los primeros versos del poema, siguió con preferencia á San Mateo.

¹ Cosa es por cierto que merece llamar la atencion, la desdeñosa indiferencia con que ciertos críticos modernos han considerado al español Aquilino Yuvenco, llegando algunos, entre ellos Mr. Amedeo Duquesnel, hasta el extremo de asegurar que tuvo la desgraciada idea de poner el Evangelio en malos versos (Il avait eu la malheureuse idée de mettre l'Évangile en mauvais vers.—*Hist. des Lettres*, t. III, cap. XXX). Cuando hallamos tan aventurados juicios en escritores que aspiran al nombre y gloria de filósofos, no puede menos de sorprendernos la facilidad con que dejándose arrastrar de injustificables preocupaciones, renuncian al galardón por ellos ambicionado, exagerando las mismas opiniones que reciben sin el debido discernimiento. Proviene sin duda el error de Duquesnel del juicio que en los primeros años del siglo XVI formulaba sobre el poema de Yuvenco el florentin Pedro Crinito, quien despues de equivocar la época en que aquel florece (floruit imperantibus Constantio et Constante), aseguraba que escribió los cuatro Evangelios en versos exámetros, obra en que puso mayor diligencia para conservar la exactitud histórica que en demostrar la elegancia de su ingenio (scripsit

No podía el presbítero español hallar por cierto asunto más elevado y digno de la musa cristiana que la vida del Crucificado, cuando había menester la humanidad entera refrigerarse en las sagradas fuentes del Evangelio; pensamiento trascendental y fecundo entre cuantos debían en los primeros años del siglo IV inflamar la imaginación de los poetas. Mas no era dado á Yuvenco el inspirarse, para dar cima á tan peregrina idea, en las obras del siglo de Augusto, engendradas por la vanidad de quien había intentado traer su origen del padre de los dioses, y halagadas mansueta por la interesada liberalidad de Mecenas; ni le era tampoco lícito el acudir al axuar de la mitología, para demandarle sus desacreditadas ficciones. Apreciador del grande arte homérico y de la dulzura de Virgilio, cuya gloria iguala á la de los héroes ensalzados en sus cantos, aparta la vista de sus mentidas creaciones, para fijarla con ardiente mirada en la obra de la redención, inspirándose en las dulces aguas del Jordan, desde donde levanta su

quatuor Evangelia hexametris versibus: qua in re maiori diligentia usus est in servanda rerum historia quam in demonstranda ingenii sui elegantia. *De poet. latin.*, lib. V, cap. LXXXIX). La autoridad de Crinito en una época, en que la imitación del arte clásico avasallaba todas las inteligencias, pudo ser y fué en efecto contraria á Yuvenco durante el siglo XVI, quedando oscurecido entre los poetas más despreciables de la ínfima latinidad. Pero si esto se concibe fácilmente respecto de los latinistas del Renacimiento, no puede menos de causar extrañeza el que haya tomado tan colosales dimensiones una opinión á todas luces aventurada, y contradicha por críticos que gozan de merecida reputación en la república de las letras. Después de los trabajos de Reinhardo Lorichio, quien declara que no hallaba en Yuvenco cosa alguna que desdijera de la pura latinidad, ni de las leyes poéticas, brillando su frase por la tersura y apareciendo su lenguaje limpio de todo vicio (*Edit. Iuventii*, epist. ded.); después de la declaración de Eustacio Swartio (*Analet.*, lib. II, cap. XV), y de la elegante defensa de Gaspar Barthio, quien penetra con docta planta en el verdadero terreno donde se colocó el presbítero español, al acometer tan grande empresa, no era ya lícita esta manera de juicios, que ofenden más á quien, sin propia conciencia, los formula que á los escritores á quienes pretenden condenar al desprecio. La obra de Yuvenco, ya por el momento en que se concibe, ya por la manera de llevarla á cabo, no puede ser más feliz é importante: del mérito ó demérito de sus versos juzgarán los lectores entendidos por los pasajes que citaremos, no debiendo nunca perderse de vista que escribe en la primera mitad del siglo IV.

tranquilo y majestuoso vuelo la musa del cristianismo para cantar la vida de Cristo, con la divina unción de los profetas. Yuvenco, para quien nada significaban las falsas pompas del mundo, y para quien todo lo eran las sublimes revelaciones del Evangelio, manifestaba pues tan elevado propósito en los siguientes versos, que á falta de otros títulos, bastarian sin duda para adjudicarle el contradicho de poeta.

- Innumeros homines sublimia facta
 15 Et virtutis honos in tempora longa frequentant:
 Accumulant quorum famam, laudesque poetae.
 Hos celsi cantus, Smyrnae de fonte fluentes,
 Illos Minciadae celebrat dulcedo Maronis.
 Nec minor ipsorum discurrit gloria vatum,
 20 Quae manet aeternae similis, dum secla volabunt,
 Et vertigo poli terras, atque aequora circum
 Aethera siderum iusso moderamine volvet.
 Quod si tam longam meruerunt carmina famam,
 Quae veterum gestis hominum mendacia nectunt,
 25 Nobis certa fides aeternae in secula laudis
 Immortale decus tribuet, meritumque rependet.
 Nam mihi carmen erit Christi vitalia gesta,
 Divinum in populis falsi sine crimine donum.
 Nec metus, ut mundi rapiant incendia secum
 30 Hoc opus: hoc etenim forsitan me subtrahet igni
 Tunc, quum flamivoma descendet nube coruscans
 Iudex, altithroni genitoris gloria, Christus.
 Ergo age, sanctificus adsit mihi carminis auctor
 Spiritus, et puro mentem riget amne canentis
 35 Dulcis Jordanis, ut Christo digna loquamur ¹.

Y no hubiera cantado dignamente la vida del Salvador quien, esclavo del gentilismo, sólo hubiese tenido valor para remedar las obras del arte pagano, cuya postrer ruina en balde intentaban conjurar con sus descoloridas imitaciones Symposio y Calpurnio, Nepociano y Ausonio ². Era esta gloria, si tal puede considerarse,

¹ In praefatione.

² La prueba más palmaria de que este empeño (sobre el cual estriban principalmente las acusaciones sin razón dirigidas contra los primeros poetas cristianos) era irrealizable, se halla en las obras de Ausonio, la más alta reputación de la poesía gentilicia en el siglo IV. Este escritor, cuyo cristianismo es

sobradamente exigua á los ojos del presbítero español, quien rompiendo de lleno con la tradiciones de la poesía, condenada por la elocuencia de los Padres, tenia por único norte de su musa el derramar la luz del Evangelio sobre todos los ángulos del Imperio romano, anunciando á las naciones el saludable cambio operado en lo porvenir del mundo. Sólo aceptaba Yuvenco, para llevar á cabo tan feliz pensamiento, la lengua y la metrificacion latinas: hallaba en la primera un instrumento adoptado ya por la Iglesia, ennoblecido y purificado por la fé de los Tertulianos y Ciprianos, de los Arnobios y Lactancios, y empleado universalmente de uno á otro confin del orbe: aparecia á su vista la segunda como un medio de expresion,* autorizado por el trascurso de los siglos y consagrado por la gloria del nombre romano; y así como al caer despedazados los templos de la gentilidad, recogia el genio del cristianismo sus más preciadas reliquias para exornar con ellas los nuevos templos dedicados al Dios Único, así tambien al lanzar la musa del gentilismo los últimos suspiros, depojábase de sus más ricas preseas para rendirlas en tributo á las plantas de la musa cristiana. Pero si los templos levantados al Hacedor Supremo, desde el momento en que Santa Elena abraza la cruz, son esencialmente cristianos, bien que amasados con los despojos del paganismo, no menos legítima llega á ser la forma, de que la poesía se reviste, desde el instante en que el español Yuvenco

un hecho casi universalmente reconocido, olvida en el momento de tomar la pluma su propia religion y se confiesa devoto imitador de Horacio y de Virgilio. ¿Cuál es pues el resultado de esta singular abjuracion de creencias y sentimientos, hecha en aras de aquella manera de restauracion literaria? Todos los críticos han convenido en que resaltan en Ausonio cuantos vicios plagan las literaturas decadentes, afeando sus poesías la puerilidad de los pormenores y la afectacion de las ideas, y fatigando á los lectores así el excesivo lujo de falsa poesía, como la vana ostentacion de una erudicion indigesta, en donde á pesar suyo aparece en verdadera lucha la mitologia y la historia.— Si pues este es el fallo unánime de la crítica respecto de Ausonio, que intenta imitar los poetas del siglo de oro, ¿cómo se ha de formular un cargo contra el primer poeta cristiano que se aparta de tan estéril y peligrosa senda? Y lanzado ya ese cargo, ¿cómo no hemos de acudir á rechazarlo con la luz de la razon y de la filosofia?...

la emplea para cantar los misterios de la religion, haciéndola depositaria de la salvadora doctrina del Hijo del hombre¹.

De esta manera, cuando estudiamos la *Historia Evangelica* con la circunspeccion que tan venerable monumento exige, advertimos en ella algo extraño é inusitado que nos obliga á olvidar los poetas de la antigüedad clásica, recordando que no en vano se habia inspirado Yuvenco en las aguas del Jordan, nutrida su alma con las sublimes enseñanzas de la Biblia. Reducida al último extremo de impotencia, sólo tenia ya aliento la poesía de los gñtiles para bosquejar en prolijos cuadros las galas de la naturaleza exterior: embotado todo sentimiento y agotada toda energia, ninguna idea nueva animaba sus rebuscadas descripciones, ningun pensamiento luminoso le servia de faro en su vacilante y perezoso camino. Yuvenco penetra en nuevas regiones: el asunto que excita su entusiasmo, es el más grande que podia concebir el ingenio humano. Inflamada su imaginacion por la fé de los Evangelistas, descubre la majestad de todos sus misterios; y llena su mente de tanta grandeza, no ha menester detenerse á contemplar menudamente las circunstancias y pormenores de los objetos que tiene delante, conservándoles por tanto la sublimidad de su esencia. Así, caminando siempre á la misma meta, le basta una sola pincelada para trazar los cuadros sorprendentes, donde resplandece la divina figura de Jesus, dando siempre completa idea del supremo poder que le asiste, y presentando postrada á su voluntad la naturaleza entera, cuyas leyes se alteran al sólo esfuerzo de su palabra.

Al llegar á este punto, necesario es dejar consignado que el arte de Yuvenco se aparta en gran manera del arte latino, no ya en los momentos de su decadencia, sino aun en los dias de su mayor engrandecimiento. Conocida es de todo el que haya penetrado en los estudios clásicos la descripcion, verdaderamente artistica, que hace Virgilio de la tempestad, que combate y disipa la armada de Eneas, reduciéndole al último extremo: para pro-

¹ Véase la ilustracion I.^a del tomo siguiente, donde de propósito se toca esta cuestion importante.

mover esta borrasca, ha sido necesaria la ira de Juno, quien dejando los espacios celestiales, logra á fuerza de ruegos y promesas que Eolo suelte los vientos, conturbando así la quietud de los mares: para aplacarla, preciso es también que deje Neptuno su morada, y que lanzándose á la superficie de las aguas, reprenda enfurecido á los desatados vientos, pronunciando el celebrado *Quos ego*, y echando en cara á Eolo su insolencia, por haber osado invadir sus dominios. Abundan sin duda en esta brillante descripción bellos rasgos y pormenores, escogitados con singular fortuna por el arte de Virgilio; pero esta riqueza exterior contrasta visiblemente con la impotencia de las deidades que allí aparecen en lucha, rebajada la idea de la divinidad que ha menester de los ruegos y del furor para ser obedecida. Veamos en cambio cómo la musa de Yuvenco, menos rica y ostentosa, pero más reconcentrada y profunda, pinta la tempestad, que se levanta, al atravesar Jesús el estrecho de Cafarnaum, seguido de sus discípulos:

- 25 *Conscendunt navem, ventoque inflata tumescunt
Vela suo, fluctuque volat stridente carina.
Postquam altum tenuit puppis, consurgere in iris
Pontus et immensis hinc inde tumescere ventis
Instat, et ad coelum rabidos sustollere montes.*
- 30 *Et nunc mole ferit puppim, nunc turbine proram,
Illisosque super laterum tabulata receptant
Fluctus, disiectoque aperitur terra profundo.
Interea in puppi somnum carpebat Jesus.
Illum discipuli pariter nautaeque paventes*
- 33 *Evigilare rogant, pontique pericula monstrant.
Ille dehinc:—Quam nulla subest fiducia vobis!...
Infidos animos timor irruit!...—Inde procellis
Imperat, et placidam sternit super aequora pacem»¹.*

No atribuiremos á Yuvenco la gloria de haber inventado este admirable cuadro, transmitido por la pluma de los Evangelistas; pero debe notarse que, sóbrio en la descripción, no ha olvidado circunstancia alguna de cuantas podían contribuir á realzar su majestad, presentando con entera claridad y vigoroso colorido la

¹ Lib. II.

inmensa diferencia que existe entre la naturaleza humana y la naturaleza divina¹. Sobrecogida aquella de terror, al contemplar la incontrastable pujanza de las olas y de los vientos, pierde la esperanza que la fortifica, y cree llegado el momento de su exterminio: poseída esta de inalterable paz, señora de la creación, habla, y su voz disipa la furia de las aguas y de los aquilones, tornando el irritado piélago á verse aprisionado en cárceles de menuda arena. El Dios cantado por Yuvenco es el mismo Dios, de cuyos labios sale el sublime *fiat lux* (יהי אור) que ilumina todos los ámbitos de la tierra.

Mas si en la sobriedad de las descripciones, alguna vez excesiva, vemos al presbítero español renunciar al aparato y pompa de las figuras y metáforas, que plagaban la poesía de los gentiles, hundida ya en reprobables puerilidades², no hallamos menor austeridad y noble sencillez en la manera de exponer la doctrina evangélica, ora provenga aquella de la naturaleza misma del asunto, ora sea efecto de las convicciones que abrigaba el poeta respecto del arte cristiano, á la sazón naciente. Entre las muchas pruebas que pudieran presentarse, bastaríanos recordar las palabras

¹ Refieren este milagro San Mat., cap. VIII, vers. 23 y siguientes; San Marcos, cap. IV, vers. 35 y sigs., y San Lucas, cap. VIII, vers. 22 y siguientes.—Las palabras de San Mateo son: «23 Et ascendente eo in naviculam, secuti sunt eum discipuli eius: 24 Et ecce motus magnus factus est in mari, ita ut navicula operiretur fluctibus, ipse vero dormiebat. 25 Et accesserunt ad eum discipuli eius et suscitaverunt eum dicentes: Domine, salva nos: perimus. 26 Et dicit eis Jesus: Quid timidi estis modicae fidei? Tunc surgens, imperavit ventis et mari, et facta est tranquillitas magna.» Véase pues cómo las circunstancias con que enriquece Yuvenco este magnífico pasaje, son verdaderamente originales y poéticas, y cómo hizo en su vida de Cristo algo más que poner en versos exámetros los Evangelios.

² Siguiendo los poetas gentílicos del Occidente el ejemplo de los de Alejandría, habían llegado hasta el punto de disponer sus versos en tal manera que produjesen, al escribirse figuras diversas, así como urnas, coronas, altares, liras y otros instrumentos músicos, consistiendo en semejante artificio todo su mérito literario. Cuando una poesía ha llegado á tan lamentable extremo, inútiles son ya cuantos esfuerzos se hagan para restaurarla, por grande que haya sido su esplendor en las pasadas edades: la civilización que la alimentaba, está ya muerta.

dirigidas por el Salvador á las turbas que en Galilea le seguían, dignamente interpretadas por Yuvenco en los siguientes versos:

- «Hos populos cernens, praecelsa in rupe resedit,
Ac sic discipulis gremium cingentibus infit:
490 Felices humiles, pauper quos spiritus ambit:
Illos nam coeli regnum sublime receptat.
His similes mites, quos mansuetudo coronat,
Quorum debetur iuri pulcherrima tellus.
Hos modo lugentes solatia digna sequentur.
495 Pabula iustitiae qui nunc potusque requirunt,
Illos plenas manet saturandos copia mensae.
Felix, qui miseri doluit de pectore sortem:
Illum nam Domini miseratio larga manebit.
Felices, puro qui coelum corde tuentur:
500 Visibilis Deus iis per secula cuncta patebit.
Pacificos Deus in numerum sibi prolis adoptat.
Propter iustitiam premit: iis mox regia coeli
Pandetur... Gaudete, operum quos iusta tenentes
505 Urgebit praeceps stimulis iniuria saevis.
Plurima nam merces vobis servatur in aethra;
Namque prophetarum fuit insectatio talis¹.»

La doctrina no puede ser más conocida por nosotros; y sin embargo digno es de considerarse que, expuesta por Yuvenco en tan sencilla forma á principios del siglo IV, cuya situación moral y religiosa ya conocemos, debió producir maravilloso efecto. Aun hoy no carece de cierta novedad en la expresión, cual notarán sin duda los lectores imparciales y entendidos.

Al apoderarse pues el esclarecido presbítero español de los despojos del arte pagano, aceptando, como instrumentos de buena ley, la lengua y la metrificación latinas, no solamente obedecía al noble impulso dado por la Iglesia, que había elegido para sí la primera, sino que lograba ennoblecer la segunda á los ojos de los mismos cristianos, alejando de ella todo recelo y contagio de idolatría. Servicio es este en que parece no había reparado la crítica; pero cuya importancia sube de punto, al considerar el estado en que la poesía greco-latina entonces se encontraba. Imposible era el restituir al arte de Horacio y de Virgilio el es-

¹ Lib. I.

plendor con que había brillado en la Era de Augusto; empresa que ni acometió Yuvenco, aun conociendo aquel ingenio, ni hubiera podido realizar tampoco á haberla intentado. Tomó la lengua tal como existía en su tiempo, después de la decadencia en que la halla el genio de los Sénecas y Lucanos, de la reacción intentada por los Quintilianos y Columelas, y de la heroica lucha de los Padres contra las costumbres del paganismo y la literatura que las representaba. Procuró, no obstante, enriquecerla, ya introduciendo en ella nuevos giros, tomados de los libros sagrados ó aprendidos de los Padres, ya formando nuevas palabras, verdaderamente poéticas, á fin de expresar convenientemente los pensamientos que le preocupaban¹. Tildasele de haber seguido con demasiada precisión los Evangelios, siendo este, según vá notado, el principal capítulo de acusación que se le dirige; pero no se ha comprendido sin duda que sobre ser contraria la máquina mitológica, que se echa de menos, á la esencia misma del asunto, se hubiera reputado como punible desacato el adulterar los Evangelios, apareciendo empeño semejante extraño á la suprema necesidad religiosa que le impulsaba á formular tan desusado canto². Tan grande, tan extraordinario era, á principios del siglo IV,

¹ El entendido ilustrador de la *Historia Evangelica* don Faustino Arévalo, no solamente notó con madura crítica los hebraísmos, á que aludió Barthio (*Advers.*, lib. XLIII, cap. XXIII), designando al par los helenismos que se encuentran en Yuvenco, sino que con laudable imparcialidad apuntó los defectos de dicción y de lenguaje, dando á conocer todos los vicios en que incurre, bajo el aspecto meramente gramatical y literario. En cambio señala también las voces nuevamente usadas por el presbítero español, entre las cuales pueden designarse como verdaderamente poéticas las siguientes: flammivomus (que arroja llamas), altithronus (que tiene su trono en la altura), multifluus (que fluye ó mana en abundancia), nitifactus (que está todo resplandeciente), flammipes (que tiene pies de fuego), praeparvus (muy pequeño), praepulcher (muy hermoso), praefulgidus (muy resplandeciente), lucifluus (que despidе raudales de luz), ignicomus (que tiene cabellos de fuego), y otros muchos que sin dificultad pudieran citarse. Nótese pues como estas palabras, viniendo á expresar nuevas ideas, enriquecían propiamente el lenguaje poético y contribuían á darle nuevo carácter en medio de la decadencia de las letras latinas.

² Nunca podremos convencernos de que sea legítima la acusación lanzada

cuanto Yuvenco decía en sus versos, que no había menester de más ornato que la verdad para llenar de admiración todos los ánimos y producir en ellos completa maravilla. Hizo por tanto el presbítero español lo que le era dado hacer en tan augustos momentos: llamado á solemnizar el triunfo del cristianismo, cantó, como cristiano, la obra de la redención, sin que en la *Historia Evangelica* se halle una sola palabra que desdiga de la majestad del asunto, ni menos trascienda á paganismo, recordando la adoración de los falsos dioses. Por eso, reconocida la situación del poeta, y examinada su obra dentro de su siglo, conviene dejar modificado el fallo de la crítica, que partiendo sin duda de reprehensible exclusivismo, tenía condenado al desprecio el primero de los poetas que dá en sus versos claro testimonio de la inaudita revolución realizada en el mundo, echando los fundamentos al magnífico edificio del arte cristiano ¹.

contra Yuvenco y los demás poetas cristianos, porque se olvidaron felizmente de la fábula.—Contra esta peregrina pretensión de los ultra-clásicos se levantó ya en el siglo pasado la voz del benedictino Feijoo, protestando que no era la «ficción la esencia de la poesía,» como pretendían aquellos, «consistiendo esta principalmente en el entusiasmo» (sentimiento estético) (*Cart. Erud.*, tomo V, cart. XIX). Y aunque nada más fácil que demostrar que la noción de lo bello no estaba exclusivamente vinculada en la civilización ni en la teogonía greco-romana, conviene aquí consignar, pues que estamos considerando la poesía cristiana en los primeros momentos de su existencia, que nada aparecería tan absurdo y repugnante á nuestros ojos en aquellos instantes como esa reprehensible mezcla de la mitología y del Evangelio, que se hizo en siglos posteriores por los poetas eruditos. Más adelante tendremos ocasión de tratar esta importantísima cuestión con mayor detenimiento.

¹ Aquilino Yuvenco escribió, demás de la *Historia Evangelica*, otras poesías sobre los sacramentos, según el testimonio de San Gerónimo, quien después de mencionar la referida historia, manifestando que estaba escrita en versos exámetros, añadía: «Nonnulla eodem metro (composuit) ad sacramentorum ordinem pertinentia» (*De Vir. illust.*, cap. LXXXIV). El erudito don Faustino Arévalo insertó en los apéndices, que siguen á la vida de Cristo, como obras atribuidas al presbítero español: 1.º El libro sobre el Génesis (*Liber in Genesim*), dividido en cincuenta capítulos: 2.º las alabanzas del Señor (*De Laudibus Domini*), himno compuesto de 148 versos; y 3.º el triunfo heroico de Cristo (*Triumphus Christi heroicus*) que consta de 108.—Pero á pesar de la antigüedad probada de estos preciosos monumentos, ni el estilo, ni

Grande importancia recibía este en manos de Prudencio: había Yuvenco inaugurado aquel extraordinario concierto, cuyas armonías hallaron dignos ecos en la cítara de los Ambrosios y Paulinos: Prudencio lograba consumir la obra de la creación de aquel arte, cuyos lejanos acordes resuenan en la lira de los Sedulios, Avitos y Draconcios, é inspiran más adelante el canto de los Isidoros é Ildefonsos. El primero, austero y grave, bien que armonioso y flexible, adopta para su *Historia Evangelica* los versos exámetros, que reciben y conservan en toda la edad media el título de heroicos: el segundo, inspirado por la fé, arrebatado por el entusiasmo y exaltado por la contradicción y la victoria, emplea multitud de metros para expresar tan varios sentimientos, coronando plausible éxito tan meritorio propósito.—Llegaba Prudencio á la edad de cincuenta y siete años, cuando cansado del tráfico del mundo, exclamaba, volviendo la vista á la religión y desechando la vanidad de las cosas terrenas:

Quid nos utile tanti spatii temporis egimus?...

Y sin embargo, su vida no había podido ser más laboriosa y útil á la sociedad. Nacido [348 ó 350] en Zaragoza ó Calahorra, que todavía es materia de controversia ¹, gastó su edad primera

la forma poética, ni la manera de emplear, aunque para combatirla, la mitología, nos autorizan para adjudicar sin grandes escrúpulos estas tres obras al español Yuvenco. Los himnos sobre los sacramentos, de que nos dá noticia San Gerónimo, completarian sin duda la grande obra que se propuso llevar á cabo, solemnizando la paz que gozaba la Iglesia y sublimando su doctrina.

¹ Pueden verse sobre este punto, demás de cuanto dicen los críticos de los siglos XVI y XVII, las cartas publicadas por don Antonio Pellicer (*Ens. de una Bibl. de trads. esps.*, págs. 30 y siguientes), donde el P. Mariana sostiene la opinión suya y de Ambrosio de Morales, que adjudica la gloria de ser patria de Prudencio á Calahorra, y los hermanos Argensolas pretenden reivindicarla para Zaragoza. Las razones, autoridades y pruebas alegadas por unos y otros hacen vacilar en esta cuestión, que sostenida por tan eminentes varones, realza más el mérito de Aurelio Prudencio, á quien Pedro Crinito intentó contar entre los hijos de Italia.—Mas quitados todos los argumentos con madura crítica, acaso no faltaría motivo para acostarnos á la parte de los Argensolas. Don José Rodríguez de Castro declaró, no obstante, en su *Biblioth. Españ.*, que no se había adelantado un paso en esta cuestión, aun después de publicadas dichas cartas (tomo II, págs. 213 y siguientes).